

Alcances teóricos sobre las diferencias entre los pobres

Theoretical reflections on the differences between the poor

Ariel Rosales¹

Resumen

La pobreza ha sido un fenómeno relevante en la investigación social desde hace años y a pesar de la aparente claridad intuitiva del término, no ha resultado fácil establecer en qué consiste y cuáles son las mejores dimensiones para su observación. A pesar de esto, su medición se ha centrado en medidas cuantitativas basadas en la insuficiencia de ingresos y otras carencias; que, si bien permiten determinar y clasificar a los pobres, dejan de lado los aspectos subjetivos y simbólicos que operan en su aparición, reproducción y diversificación. A partir de este diagnóstico, este artículo pretende mostrar algunos alcances teóricos para observar las distinciones entre los pobres. La revisión realizada permite reconocer que las dimensiones culturales y límites simbólicos operan como fronteras entre la población considerada estadísticamente pobre, lo cual afectaría diferenciadamente el aprovechamiento de las oportunidades disponibles situadas dentro de un mismo estrato socio-económico.

Palabras clave: Pobreza – distinción – fronteras internas

Abstract:

Poverty has been a relevant window in the social research of the years and the weight of the apparent intuitive clarity of the term has not been easy to establish in what it consists only in its dimensions and dimensions. Despite this, its measurement has focused on quantitative measures based on insufficient income and other deficiencies; that, if the poor are allowed to be determined and classified, they leave aside the subjective and symbolic aspects that operate in their appearance, reproduction and diversification. From this diagnostic point, this article tries to show some theoretical advances to observe the distinctions among the poor. The review carried out allows us to recognize that the cultural dimensions and symbolic limits operate as borders between the statistically poor affected population, which would differentially affect the use of available opportunities located within the same socio-economic stratum.

Key words: Poverty – distinction- internal borders

¹ Académico de la Carrera de Trabajo Social USS, Trabajador Social (UC), Magister en Trabajo Social (UC) y Estudiante de Doctorado en Sociología (UAH). Patrocinado por COES (Centro de estudios de conflictos y cohesión social).

Introducción: La pobreza como fenómeno multifacético

La pobreza es un problema multifacético presente en la mayoría de los países del mundo, sin embargo, no ha resultado fácil determinar universalmente en qué consiste, ni mucho menos establecer cuáles son los procesos y factores que conllevan a su producción y reproducción. Las primeras aproximaciones a este fenómeno tuvieron un énfasis económico relacionado a la insuficiencia de los recursos necesarios para mantener un nivel de vida adecuado a los parámetros socialmente aceptables, por lo que su medición se ha desarrollado a través de medidas indirectas asociadas al potencial de acceso a una canasta básica de bienes y servicios, lo que refiere la capacidad de consumo de los hogares en el mercado (Feres y Mancero, 2001; Sen, 2004). Esta medida asume que la pobreza se encuentra lineal y causalmente relacionada a bajos ingresos y a problemas de acceso a servicios sociales, lo cual, sin bien permite una aproximación al panorama socioeconómico de parte de la población, se estima como insuficiente para dar cuenta de la creciente complejidad y heterogeneidad del fenómeno identificada durante los últimos años (Sen, 2004; Gajardo, 2014).

Los avances en la investigación sobre la pobreza señalan el carácter polisémico de este fenómeno, lo cual ha incentivado diversas alternativas para su medición, así como ha permitido avanzar en la búsqueda de elementos para caracterizar y distinguir a los pobres (Sen, 2006; Alkire and Foster, 2009; Bourguignon y Chakravarty, 2003; entre otros). En este contexto se han levantado medidas multidimensionales que han sido utilizadas debido al valor que agregan a las mediciones ya existentes y a la utilidad que prestan para la distribución de bienes y servicios sociales. En la actualidad, existen diferentes criterios y enfoques de este tipo (enfoque de derechos; la perspectiva de las capacidades (Sen, 1985), la pobreza humana (PNUD, 1997), el índice de desarrollo humano (PNUD), la multidimensionalidad de la pobreza (CEPAL, 2010; Alkire y Foster, 2008) que aportan a la comprensión del fenómeno; no obstante, estos avances; las mediciones multidimensionales, al igual que las medidas basadas en ingresos, siguen centradas en carencias objetivas y materiales, dejando de lado el lado interno de esta situación, es decir, aquellas cuestiones relativas al hecho de la heterogeneidad de su vivencia. De hecho, algunos críticos señalan que las mediciones actuales de la pobreza pierden de vista muchos elementos importantes asociados a factores culturales

(Bayón, 2012), sociales, políticos, (Leiva y Parra, 2011), entre otros; que podrían ayudar a especificar de mejor manera su configuración.

A partir de dichas críticas, los avances en el estudio de la pobreza han dado cada vez más importancia a sus componentes culturales e institucionales (Harding, 2007; Lamont y Small, 2008; Reutter *et al.*, 2009; Small, Harding y Lamont, 2010; Young, 2010). De hecho, se estima que la construcción tipológica de dicho fenómeno estaría basada en la combinación de distintos factores situacionales que refieren a no solo a condiciones materiales, carencia monetaria o a la privación de prestaciones sociales o a formas e intensidad de las relaciones sociales, sino que también a aspectos subjetivos, culturales (Lewis, 1966; Paugam, 2007), límites simbólicos (Bayón, 2012) y disposicionales de los agentes sociales (Bourdieu, 2003) que la experimentan. Aspectos que hacen de la pobreza un fenómeno heterogéneo y difícil de caracterizar de manera universal.

A partir de esto, se asume que la pobreza no es un asunto relacionado únicamente con el funcionamiento de la economía, sino que refiere a una construcción que opera en la intersección de condiciones monetarias, estructurales, simbólicas y relacionales; por lo que las representaciones y prácticas de los pobres varía dependiendo de su estructura valorativa adquirida a través de la experiencia duradera de su posición en el mundo social (Bourdieu, 2002; Archer, 2007). Esto abre la posibilidad de que dentro del conjunto de la población denominada “pobre” existan percepciones y apreciaciones diferenciadas y diferenciadoras que establecen su diversidad interna.

Respecto a la heterogeneidad interna de la pobreza, la literatura muestra algunos conceptos que ayudan a explicar las variaciones en su vivencia y representaciones sociales, entre ellos: la noción de cultura de la pobreza (Lewis, 1996), el concepto de habitus (Bourdieu, 200) y la noción de límites culturales (Bayón, 2012); aspectos que se desarrollarán en este trabajo y que podrían ayudar a categorizar las distinciones entre los pobres.

Con dichas consideraciones este trabajo pretende problematizar – a nivel teórico- la situación de pobreza a partir del análisis de las distinciones subjetivas que operan como fronteras internas y que diversifican los proyectos de vida de los pobres, los cuales dependerían, a su vez, de ciertas variables organizadoras como la valoración del trabajo, la moral, etc. Esto implica dar cuenta de la existencia de mecanismos de cierre social en la experiencia de la pobreza.

El orden argumental del texto se dirige a tratar primeramente la distinción entre a) la heterogeneidad entre los pobres. Posteriormente se revisará b) la pobreza como un fenómeno cultural, para luego referirse a los c) límites internos al interior de la pobreza que operan como fronteras diferenciadoras de la población considerada estadísticamente pobre.

A) La heterogeneidad entre los pobres

Es sabido que los cambios en la economía global y en los sistemas de estratificación social de la una gran parte los países a nivel mundial, han promovido la aparición de nuevas configuraciones y divisiones sociales cada vez más complejas de comprender. El diagnóstico que indica que, en los últimos años, paralelo a la disminución estadística de la pobreza medida por ingresos, se ha incrementado la pauperización de sectores medios cuyo efecto se expresa en la aparición de “una nueva pobreza” (Klein, 2012) en la que los afectados, provienen de diversos contextos ocupacionales y culturales (Golbert y Kessler, 1996). Dicho de otro modo, es distinto hablar de pobreza tradicional, asociada normalmente a la carencia de servicios básicos, que referirse a una pobreza reciente donde las necesidades y satisfactores son otras y cada vez más diferentes. De este modo, dentro de la población estadísticamente pobre es posible diferenciar entre viejos y nuevos pobres.

La nueva pobreza en la región apunta sobre todo a la emergencia de grupos de población afectados por una fuerte movilidad descendente y formas de pobreza diferentes a las conocidas históricamente. Esta nueva forma de empobrecimiento pone en tela de juicio las visiones tradicionales caracteriza a los pobres bajo propiedades homogéneas y plantea la necesidad de problematizar la situación de una población que es cualitativamente distinta de la población históricamente pobre (Kessler, 2008). En este sentido, la pobreza tradicional reproducida intergeneracionalmente, que naturaliza la desesperanza y que se establece con fuerza en los estratos sociales más bajos de la población (Paugam, 2007); es distinta a una pobreza circunstancial causada por crisis económicas o desempleo temporal que afecta mayormente a las clases medias y trabajadoras, y a una pobreza descalificadora que padecen grupos excluidos y discriminados por razones étnicas o raciales y que está a un paso del empobrecimiento duradero y reproducible (Paugam, 2007, CEPAL, 2018). Dicho de otro modo, es distinto hablar de pobreza tradicional,

asociada normalmente a la insuficiencia histórica de servicios básicos, que referirse a una pobreza reciente donde las necesidades y estrategias de enfrentamiento son otras y cada vez más diferentes.

Ahora bien, frente a la emergencia de nuevas formas de pobreza y tomando en consideración la posición de origen de las familias y agentes sociales afectados, es posible asumir hipotéticamente que el empobrecimiento de la clase trabajadora y de la clase media, así como la de los migrantes dentro de la región; se diferencia en cuanto a los elementos culturales, simbólicos y materiales que poseen y movilizan unos y otros. Siguiendo esta hipótesis, la distinción entre dichos grupos refiere principalmente a los sistemas de disposiciones y prácticas que cada uno de estos despliega para percibir y enfrentar la experiencia de empobrecimiento. Con lo dicho, se quiere dar a entender que dentro de la población denominada “pobre” existan percepciones, apreciaciones y disposiciones diferenciadas y diferenciadoras que son influyentes tanto en la reproducción como en la superación de dicha situación. De este modo, la experiencia de empobrecimiento no solo tiene una dimensión material, sino que también tiene que ver con una heterogeneidad de experiencias, significados y respuestas posibles de individuos que sufren constreñimientos estructurales semejantes. En este marco, se estima que más allá de la falta de acceso o la carencia, la pobreza presenta aspectos estructurales objetivos, subjetivos y dimensiones culturales que estimulan/limitan su reproducción y que serán el objeto de esta propuesta.

En esta línea y tomando en consideración algunos elementos de Pierre Bourdieu (2001), se podría entender que tanto la pobreza como su diversidad interna sería el resultado de la interiorización de un conjunto de prácticas y valoraciones sociales que configuran la disposición para enfrentarse a la pobreza. En este sentido, habría experiencias ,“normales” para algunos y “no deseadas” para otros, que influirían el aprovechamiento de oportunidades de movilidad dentro de la estructura socioeconómica y que serían resultado de su trayectoria existencial (Bourdieu, 2001). Esto quiere decir que a pesar de encontrarse en situaciones similares, las diferencias de las disposiciones - habitus²- de los agentes, impactaría diferenciadamente en el aprovechamiento de recursos o en el

² El “habitus”, se entiende como un conjunto de reglas incorporadas a la personalidad que guían selecciones, estilos de vida, competencias, etc., lo que finalmente genera distinciones sociales. Los individuos producto del proceso de socialización aprenden a comportarse, relacionarse y pensar de determinado modo, y debido a ello, los individuos se acostumbran a vivir bajo un determinado horizonte de expectativas, el cual siempre está condicionado por nuestro horizonte de posibilidades de acción, el que está compuesto por el grado de los diferentes capitales que los agentes posean. Es mediante el “habitus” que los agentes incorporan a sus vidas prácticas cotidianas que se normalizan, y que se transforman en disposiciones de sus prácticas.

uso de capitales. Dicho de otro modo, la trayectoria y lo incorporado en los agentes que viven la pobreza pueden ser entendidos como elementos efectivos de su diferenciación interna. Por ello, los recursos y activos -capital humano (educación), capital social (información, contactos, influencias, redes), capital cultural (valores y modos de comportamiento), entre otros- con que cuentan y han contado las personas a lo largo de su experiencia vital, conforman una estructura de distinciones sociales (Bourdieu, 2002) que se expresaría objetivamente. Esto indica que las diferencias que separan a los pobres, están en función de su medio social de origen y de factores de distinción social que son internalizados y reproducidos por los agentes en distintos campos sociales.

En síntesis, y como se indicó más arriba, la pobreza no solo tiene una dimensión material, sino que también tiene que ver con una heterogeneidad de experiencias, significados y respuestas posibles de individuos que sufren constreñimientos estructurales semejantes. De este modo, la relatividad y la diversificación de este fenómeno, se encuentra asociada a un conjunto de valoraciones, imaginarios y prácticas que marcan fronteras entre personas que, estadísticamente, pertenecen a un mismo conjunto social.

En este sentido, la presencia de necesidades objetivas y de ciertos factores culturales incorporados (Lewis, 1966, Bourdieu, 2001, Álvarez, 2007), hacen que la pobreza pueda ser entendida como una categoría dentro del continuo de la distribución de ingresos dentro de una sociedad; donde si bien los individuos comparten características en común, se distinguen en función de sus modos de vida, percepciones y valoraciones.

B) La pobreza como fenómeno cultural

Otro aspecto relevante para la distinción interna de la pobreza tiene que ver con referentes culturales (Bayón 2012), que en conjunto constituyen una estructura que algunos autores han denominado “la cultura de la pobreza” (Lewis, 1966) o a “un modo de vida” que comparten las personas pobres en contextos históricos y sociales dados (Álvarez, 2007).

Al revisar la literatura sobre los aspectos culturales y subjetivos que inciden en la homogeneidad/heterogeneidad de la pobreza, inicialmente aparece con fuerza la idea de que esta situación presenta un trasfondo cultural generalizado que moldea a los individuos y condiciona sus acciones. Esta visión, que entiende la cultura -desde una mirada parsoniana- como un conjunto

unitario de normas, valores y patrones de comportamiento compartido por un grupo social específico, ignora las diferencias intra-grupales (Bayon, 2012) y sustenta la noción de “cultura de la pobreza”, levantada por Oscar Lewis durante los años 70 y usada hasta hoy como marco explicativo del pauperismo.

Esta perspectiva señala que los pobres desarrollan patrones de comportamiento para enfrentar su situación asociados a bajas aspiraciones, apatía política, indefensión, distanciamiento con los valores de la clase media, entre otras características; por lo que sus acciones se orientan hacia el presente inmediato estableciendo proyecciones a corto plazo. Según este enfoque los pobres prefieren la felicidad momentánea al trabajo y la fidelidad familiar frente a consideraciones morales entre lo correcto y lo incorrecto, etc. (Lewis, 1966; Álvarez, 2007). La importancia de esta perspectiva radica en que fue capaz de identificar una cultura que tendería a perpetuarse, más allá del cambio en las condiciones materiales y estructurales, por lo que impide que los pobres escapen de su situación de desventaja (Lewis, 1970; Portes, 1972). Ahora bien, entender la pobreza bajo estos supuestos implica asumir la presencia de características homogéneas y estáticas en los pobres e ignorar las diferencias y dinámicas intra-grupales, todo lo cual ha alimentado estereotipos asociados a la deficiencia moral de los pobres.

Recientemente, en el contexto del avance hacia perspectivas más complejas para analizar la pobreza y frente a la inexistencia de evidencia empírica absoluta que acredite la presencia de una cultura única en los pobres o que de luces de que los límites entre ellos se correspondan unívocamente (Bayón, 2013), ha emergido con fuerza una línea de investigación sobre las dimensiones culturales de este fenómeno que amplía las posibilidades de su comprensión (Lamont y Small, 2008; Reutter et al., 2009; Young, 2010). En este nuevo enfoque, la cultura ya no se entiende como un conjunto unitario e internamente coherente de normas y valores, sino que se asume que más allá de tener una cultura específica, los individuos existen en contexto y que responden a este, creando símbolos y significados diferenciados que dan sentido a sus vidas (Lamont y Small, 2008, Bayón, 2013). La incorporación de dimensiones culturales a los estudios de la pobreza ha ayudado a capturar las narrativas y los límites simbólicos presentes entre los pobres; lo que a su vez permite comprender de mejor manera las disposiciones de los individuos y la heterogeneidad de la experiencia de la pobreza, aún en contextos homogéneos donde las estructuras de oportunidades son restringidas.

En esta línea, un estudio realizado en Chile (Martínez y Palacios, 1996) postula que dentro del estrato considerado pobre, existe una “cultura de la decencia”, que entendida como el reverso crítico de la “cultura de la pobreza”, opera como aspecto diferenciador entre los pobres. El núcleo de este enfoque sería la actitud que los menos favorecidos asumen ante situaciones similares, lo que indica que la reacción frente a la contingencia tendría al menos dos posibles caminos: “sobreponerse o dejarse estar”. Se trata de diferencias en percepciones, opiniones, valoraciones, conceptos, normas y costumbres; a partir de las cuales los pobres se distinguen entre sí. Esto daría origen a una efectiva diferenciación estamental dentro de la pobreza, a partir de la cual la situación socioeconómica no sería lo más trascendente, pues, habría códigos diferenciadores, como la honradez, la honra, el respeto, el cuidado de uno mismo, la asociación con otras personas a torno a un ideario, entre otros aspectos (Martínez y Palacios, 1996); a partir de los cuales algunos pobres se sentirían “superiores” a otros. De hecho, se estima que a mayor “decencia”, mayores serían las posibilidades de movilidad social ascendente. Esto refiere a una conversión discursiva en los pobres, la que según Somers y Block (2005), iría de una posición estructural a una elección de comportamiento, lo que daría paso a la distinción dentro del estrato más pobre de una sociedad entre pobres merecedores y no merecedores (Somers y Block, 2005).

C) Límites simbólicos en la pobreza

A partir de la discusión sobre los aspectos culturales de la pobreza, durante los últimos años, frente a la necesidad de indagar sobre los componentes culturales de diferenciación en la pobreza, se ha levantado la tesis acerca de la importancia de comprender los límites simbólicos entre los pobres, los cuales se definen como distinciones conceptuales hechas por los individuos para categorizar situaciones, prácticas, así como a otros agentes. Dichos límites configuran fronteras que establecen jerarquías y similitudes dentro de los estratos más bajos de la sociedad (Bayón, 2013) generando diferencias entre un “ellos” y “nosotros”. Así mismo, revelan como los individuos caracterizan – implícita o explícitamente- a otros individuos dentro o fuera de su misma clase, particularmente a partir de lo que visualizan sobre sus características, defectos y limitaciones. Tal como señalan los estudios en esta materia (Lamont y Molnár, 2002; Lamont y Small, 2008; Bail, 2008; Small, Harding y Lamont, 2010), los límites simbólicos se expresan en límites sociales y estarían modelados por el contexto, particularmente por los repertorios culturales y narrativas (Bayón,

2013) a los cuales los individuos han tenido acceso a lo largo de su trayectoria (Bourdieu, 2002). De esta manera, cuando los límites simbólicos son ampliamente aceptados pueden asumir un carácter constrictivo y condicionar la interacción social entre personas de una misma clase (Lamont y Molnár, 2002).

Diversos estudios sobre límites simbólicos entre los menos favorecidos se han centrado en el análisis de cómo los pobres se autodefinen y como se distinguen entre sí, particularmente en la esfera del trabajo. Al respecto, Newman (1999), en su investigación sobre trabajadores de latinos y afrodescendientes estratos bajos en la industria de comida rápida en Harlem, USA; destaca que estos se definen a sí mismos como “personas trabajadoras y merecedoras de oportunidades” para distinguirse de otros pobres desempleados que no las han aprovechado. El desarrollo de dicha diferencia de estatus es contextual y se encuentra anclada en la estructura social dominante, y en la narrativa del “sueño americano” (Newman, 1999 en Bayón 2013), lo que indica que las diferencias entre los pobres tienen matices discursivos identificables. En la misma línea, Bayón (2012) muestra como las personas de bajos recursos que se encuentran empleadas dentro de un área de alta concentración de pobreza en ciudad de México, visualizan a los pobres como “otros” que no se esfuerzan y con los cuales no quieren ser asociados.

Otras referencias sobre la trascendencia de los límites simbólicos entre los menos afortunados, se encuentra en los estudios de Secombe, James y Battle Walters (1998), quienes analizaron las construcciones sociales de madres solteras pobres que reciben asistencia social en un contexto de alta pobreza y estigmatización en USA. Las entrevistadas señalaron diferencias físicas y emocionales importantes que marcaban la distinción social entre “nosotras merecedoras de la ayuda” y “otras” mujeres no merecedoras que caracterizaron de “flojas”, “adictas a las drogas”, “tramposas”, “desinteresadas” y “sin ganas de mejorar”. Aquí, el límite simbólico operó como mecanismo de enfrentamiento al estigma social vivenciado.

En el caso chileno, Márquez (2003) a partir de un trabajo etnográfico en un barrio popular de Santiago, observó que en un espacio conformado por viviendas sociales, la estigmatización y discriminación no proviene sólo de los márgenes externos a la comunidad, sino también de los propios vecinos. Su estudio mostró que dentro de la comunidad existían límites simbólicos

relacionados al modo en que se adquirió la vivienda; se logró dar cuenta de que las personas que lograron su vivienda propia por medio de ahorros propios se distinguían socialmente de sus vecinos, que provenientes de campamentos, adquirieron su vivienda por la ayuda del Estado (Márquez, 2003).

En este marco, se evidencia que los límites simbólicos ayudan a comprender el funcionamiento de los procesos de diferenciación y distanciamiento social dentro de la población considerada social y estadísticamente pobre.

A modo de conclusión

Como se indicó en este trabajo, la pobreza no solo tiene una dimensión material, sino que también tiene que ver con una heterogeneidad de experiencias, significados y respuestas posibles de individuos que sufren constreñimientos estructurales semejantes. De este modo, la relatividad y la diversificación de este fenómeno, se encuentra asociada a un conjunto de valoraciones, imaginarios y prácticas que marcan fronteras entre personas que, estadísticamente, pertenecen a un mismo conjunto social.

En este sentido, la presencia de necesidades objetivas y de ciertos factores culturales incorporados (Lewis, 1966, Bourdieu, 2001, Álvarez, 2007), hacen que la pobreza pueda ser entendida como una categoría dentro del continuo de la distribución de ingresos dentro de una sociedad; donde si bien los individuos comparten características en común, se distinguen en función de sus modos de vida, percepciones y valoraciones.

Lo expuesto permite asumir el supuesto de la no coincidencia entre la pobreza económica y los aspectos culturales de la misma. Esto implica reconocer que no habría una sola cultura dentro de la pobreza, sino que más bien existirían distintos modos de vivir una situación común y diversas significaciones de la propia situación para las personas (Martínez y Palacios, 1996).

Como se intentó señalar, la trayectoria de los individuos en situación de pobreza marca una diferencia sustantiva en la valoración de su propia existencia y de los otros, por ello no sería idéntica la matriz valorativa de los pobres que han heredado la pobreza que para aquellos que han

caído en ella debido a crisis o situaciones específicas. Dicha diferencia produce por ejemplo que dentro de la población empobrecida existan distintos niveles de inmunidad de algunos sectores a los efectos de las acciones públicas, lo cual se expresa al menos de dos maneras. Por una parte, hay personas que a pesar del aumento de las prestaciones sociales y oportunidades brindadas por el Estado y la Sociedad Civil, permanecen en la pobreza producto de una especie de una “disposición” (Bourdieu, 2001; Satriano, 2006); por otra, están los que experimentan procesos de movilidad descendente producto de variaciones e inestabilidades en el ingreso y en el acceso al mercado del trabajo pero que aprovechan de mejor manera las oportunidades entregadas por la política social (CEPAL, 2017). Los primeros serían agentes cuya trayectoria vital ha estado marcada por experiencias frustradas de integración que con el tiempo constituyeron un sistema autopoiético (Archer, 2007) o subcultura de la pobreza marcada por códigos identitarios ininteligibles para quienes no pertenecen originariamente a esos grupos; mientras que los segundos son personas que se encuentran sujetas a las fluctuaciones del mercado y que buscan permanentemente posibilidades de movilidad social; son aquellos que no quieren ser pobres, porque nunca lo fueron antes, que no se identifican con esta situación y que de alguna manera buscan distinguirse socialmente de este grupo.

En este marco, la reproducción de la pobreza no puede asociarse únicamente a un “bloqueo estructural”, sino que más bien debe entenderse como una respuesta individual/social frente a un conjunto de situaciones estructuralmente condicionantes (Bourdieu, 2000; Archer, 2007; Aedo, 2010). Aquí el supuesto es que la vida bajo el umbral de la pobreza genera, a nivel de los individuos, una respuesta aprendida – no siempre reflexiva- respecto a las probabilidades de movilidad social. De esta manera, la acumulación vital e intergeneracional de los efectos de la pobreza afectaría la relatividad en la valoración de la propia situación respecto de la de otros.

Finalmente es posible apreciar que las distinciones entre los pobres, están en función de su medio social de origen y de factores de distinción social que son internalizados y reproducidos por los agentes. De este modo, tanto las personas en situación de pobreza heredan saberes, gustos, hábitos y actitudes de su medio social de origen cuya rentabilidad logra ser diferenciadamente eficaz en el

tiempo dentro de su espacio social³. Así vemos que la vida bajo el umbral de la pobreza genera, a nivel de los individuos, una respuesta aprendida o reflexiva respecto a las probabilidades de movilidad social ascendente. De esta manera, la acumulación vital e intergeneracional de los efectos de la pobreza afectaría la relatividad en la valoración de la propia situación respecto de la de otros.

El resultado de este trabajo da luces acerca de los mecanismos mediante los cuales los aspectos subjetivos y culturales contribuyen a generar y reproducir la pobreza en una sociedad particular, en el marco de la aparición de perspectivas que cuestionan las tradicionales visiones económicas que definen la pobreza de manera estática y limitada al ingreso. De esta manera, la pobreza debe entenderse como un proceso, como una trayectoria marcada por rupturas y continuidades, por desventajas que se acumulan durante la experiencia biográfica.

Bibliografía

Archer, M. 2007. *Making our way through the World*. London: Cambridge University Press.

Bourdieu, P. 2001. *La distinción: las bases sociales del gusto*. México: Taurus.

Bourdieu, P. 2006. *Argelia 60: estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. 2002. *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. 1999. *La miseria del mundo*, Buenos Aires, FCE

³Desde los postulados de Pierre Bourdieu, la sociedad se entiende como un espacio social estructurado según el volumen y estructura de los capitales con que cuentan los agentes y grupos sociales –entre ellos la familia-, lo que genera distinciones sociales que se expresan en diferentes posiciones dentro de un campo. Ahora bien, esta estructuración se transfiere a distintos campos –autónomos- que, fruto de la división social del trabajo -o diferenciación funcional-, componen el mundo social. Ahora bien, cada campo es relativamente autónomo en su funcionamiento, por lo tanto cada uno de ellos fija sus propias reglas para protegerse de la influencia heteronómica de los otros campos (Bourdieu, 2000; en Tovillas, 2010).

Bayón, Ma. Cristina (2012), “El lugar de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la ciudad de México”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, pp. 133-166.

Bullock, Heather, Karen Fraser y Wendy Williams (2001), “Media Images of the Poor”, *Journal of Social Studies*, vol. 57, núm. 2, pp. 229-246.

Cepal, (2018), Panorama social de América Latina.

Kessler, Gabriel y Di Virgilio, María Mercedes (2008), La nueva pobreza urbana: dinámica global, regional y Argentina en las últimas dos décadas. Revista de la Cepal.

Klein, Alejandro (2012), Empobrecimiento, nuevos pobres y viejos pobres. Un palimpsesto de inscripciones borrosas. *Espiral*, Estudios sobre Estado y Sociedad Vol. XIX No. 55

Lamont, Michèle y Mario Small (2008), “How Culture Matters: Enriching our Understandings of Poverty”, en A. Chih Lin y D. R. Harris (eds.), *The Colors of Poverty: Why Racial and Ethnic Disparities Persist*, Nueva York, Russel Sage Foundation, pp. 76-102.

Lamont, Michèle y Virág Molnár (2002), “The Study of Boundaries in Social Sciences”, *Annual Review of Sociology*, vol. 28, agosto, pp. 167-195.

Lewis, Oscar (1970), “The Culture of Poverty”, en O. Lewis, *Anthropological Essays*, Nueva York, Random House.

Márquez, Francisca (2003), “Identidad y fronteras urbanas en Santiago de Chile”, *Psicología en Revista*, vol. 10, núm. 14, diciembre, pp. 35-51.

Márquez, Francisca (2002), “Los patios traseros de un Chile desigual”, en URL http://creas.uahurtado.cl/html/documentos/documentos_catedras/documentos_catedra2004/patios_traseros.pdf, fecha de consulta enero de 2011.

Newman, Katherine (1999), *No Shame in my Game. The Working Poor in the Inner City*, Nueva York, Rusell Sage Foundation.

Satriano, C. 2006. Pobreza, Políticas Públicas y Políticas Sociales. *Revista Mad* 15: 60-73

Sen, Amartya (2000), *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta. Sen, Amartya (1995), *Inequality Reexamined*, Cambridge, Harvard University.

Simmel, George [1908] (1986), “El pobre”, en George Simmel, *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*, vol. 2, Madrid, Alianza, pp. 479-520.

Small, Mario, David Harding y Michèle Lamont (2010), “Reconsidering Culture and Poverty”, *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 629, pp. 6-27.